



*María Flores*

## Abriendo camino en la lucha sindical

Autora: Cecilia López González.

**Paola Mascheroni**

Soc., Dpto. Sociología, Facultad de Ciencias Sociales,  
Universidad de la República.

[paola.mascheroni@cienciasociales.edu.uy](mailto:paola.mascheroni@cienciasociales.edu.uy)

**María Flores**

Asalariada rural del departamento de Florida.

Soy trabajadora rural en primera instancia y orgullosa de vivir en el campo. Después me ha llevado la vida y mis compañeros a ser dirigente sindical. Vengo de una familia que siempre estuvo ligada al campo. Nací en Paysandú, pero automáticamente me vine para el departamento de Florida porque siempre fue en la cuenca lechera, donde entonces había muchas más oportunidades laborales para mi padre. Así que me crié en el campo, con mi papá, mi mamá y mi hermano.

Mi padre era capataz de estancia en un tambo y mi madre se encargaba de la limpieza y cocina del casco de estancia. Toda la vida de mis padres era hacerle las cosas al patrón, y también la de mi hermano y la mía. Cuando los patrones no estaban en la estancia, que iban solamente los fines de semana, sabíamos que el viernes teníamos que prepararles la casa, las camas, lavar las sábanas en el arroyo, para no gastar el agua del aljibe que se precisaba para el verano, y dejarlas bien blancas; si era tiempo de invierno prender la estufa para la hora que llegaran, la comida, el pan casero.

Mi padre cuando podía compraba algún ganado. Decía que la reserva económica era el “bicho”, que era siempre algún ternero macho que había o alguno que nacía mal. Algo siempre iba quedando, el “refugio” que decíamos nosotros, para poder hacernos de algo. Y si no, papá ahorra y algunas veces compraba alguna vaca para nosotros

*Para las mujeres todo es más difícil. Mi lucha es por los derechos de los asalariados pero también por los derechos de las mujeres.*

mismos, y así también las gallinas, los chanchos, lo que se criaba normalmente en el campo.

Fui a una escuela rural. La escuela estaba bastante lejos, pero nosotros teníamos una ruta cerca, entonces siempre tuvimos algún mecanismo para poder salir. Yo aprendí de muy chiquita a andar a caballo porque me tocaba de repente darle una mano a papá en el campo, entonces podía ir a la escuela a caballo. Pero como a veces era muy riesgoso porque tenía algún arroyo o algo cerca, esperaba a que me llevara mi padre en el tractor. Después que terminé la escuela, para hacer el liceo tuve que ir al pueblo, a Sarandí Grande que era lo más cerca. En esa etapa, éramos cuatro o cinco niños que íbamos al liceo porque los demás ya se iban al campo a trabajar. Nuestros padres coordinaron para que fuéramos todos en el mismo horario (de una a siete), y los que tenían auto se turnaban para llevarnos. Una semana iba un padre, otra semana iba otro, y se repartían el gasto del gasoil. Fui un año al liceo y después me tuve que quedar en el campo a ayudar a mamá y papá en lo que “cuadrara”.

Yo siempre digo que tuve un gran profesor, que fue mi padre, un profesor de la naturaleza. Se ponía a tomar mate y yo iba corriendo a sentarme a mirarlo, porque él siempre tenía una enseñanza. De cada cosa sacaba algo bueno “Mire, son hormigas. Si los humanos fuéramos como esa hormiga...”. Y yo miraba la hormiga “Pero ¿por qué papá?”. “Y porque lleva durante todo el verano, lleva para el invierno, porque sabe que va a escasear y se

pone a trabajar y a trabajar y a trabajar, y sabe trabajar en equipo, porque viene otra hormiga y la ayuda a llevar esa hoja". Entonces todo así, de repente miraba el cielo y te decía "Mire aprenda, cuando el ganado se amontona allá es porque va a venir tormenta. El ganado mismo ya tiene el instinto de que va a venir una gran tormenta y ellos ya se empiezan a amontonar para protegerse en grupo de la tormenta que viene".

Hasta el día de hoy, disfruto estar afuera, en el campo, disfruto ver la naturaleza. Me encantan los animales. A veces los seres humanos somos tan egoístas en algunas cosas de la vida y el animal no se preocupa, vos ves que vos le pegás a un perro y el perro se olvidó y a los cinco minutos te está lamiendo de vuelta. Entonces ese rencor que creamos los seres humanos, esas cosas que tenemos que dejar de lado cuando pensamos en cosas a futuro o en los demás, no lo tienen los animales. Tenemos grandes cosas para aprender de los animales.

## 1- DESDE CHICA TRABAJO EN EL CAMPO

En el tambo a nosotros nos tocaba ayudar desde chiquitos, porque papá siempre me estaba llamando para una cosa o para la otra, y si dejaba de hacer algo en el tambo automáticamente pasaba a ayudar a mamá en la cocina. Entonces cuando no estaba haciendo una cosa estaba haciendo la otra, pero siempre vinculada al tambo. Salía de la escuela, largaba la mochila y era como una anécdota ir a ver qué estaban haciendo mis padres. Entonces normalmente mis padres o estaban en el tambo o papá venía con las vacas y yo ya empezaba a abrir la portera y que pase la vaca y ya empezaba a dar una mano en todo lo que podía. Pero no lo hacía porque era obligación, lo hacía porque me gustaba y era un momento que compartía con mis padres.

El trabajo de sala del tambo siempre me gustó. Pero lo que yo siempre odié y sigo odiando hasta ahora es la tarea de la vuelta del tambo. El tambo en sí, encerrar las vacas,



María Flores.

traerlas para adentro, ordeñarlas, no es tan pesado como el “vuelterío”, que es dar la ración, tener que alambrar, cambiar los eléctricos, hacer la recorrida. En ese momento era “ayudar”, te mentalizabas que era ayudar y no trabajar. Papá se iba para el alambrado, te decía cargame la llave, y así me enseñó a atillar, a dar vuelta, a hacer prolijo un alambrado. Hoy por hoy con la edad que tengo, me doy cuenta de que era otro peón de alambrado, otro peón de tambo que muchas veces trabajaba todo el horario de papá, porque hasta que papá no volvía, yo no volvía.

Lo que me aliviaba más esa tarea de la vuelta que no me gustaba, era quedarme con mamá a hacer las cosas de la casa. Cuando veía que papá se levantaba de la cabecera de la mesa, yo ya estaba pensando si sacaba agua del aljibe, si había que lavar platos, si había quedado algo sin hacer en la casa del patrón, si había que acarrear leña, cualquier cosa para no ir a dar la vuelta del tambo. Yo siempre trataba de no ir. Pero mi papá suponía que tenía que sacarnos buenos para todo, porque decía que el día de mañana no se sabía lo que íbamos a precisar y por eso teníamos que saber hacer de todo un poquito. Él siempre decía “Yo los voy a sacar buenos”, y con mi hermano teníamos que hacer todo, no importaba si eras hombre o mujer. En esa etapa las bolsas pesaban 55 kilos y yo, que era una niña que no pesaba ni eso, tenía que acarrearla igual. Hoy que lo veo desde otra perspectiva, digo “No copiamos modelos”.

Mamá, cuando tocaba dar una mano en el tambo, la daba, pero siempre poniendo límites. Porque ella le decía a mi padre que ayudaba pero que él tenía que hablar con el patrón y pedir un trabajador más, un salario más, porque al final éramos cuatro trabajando por un sólo salario. Las grandes discusiones matrimoniales entre ellos eran por eso, porque mamá no quería que nos llevara a trabajar sin que nos pagaran, no quería que nos “judiara”. Pero mi padre nunca se animó, papá tenía respeto al patrón ante todo y para él la palabra era lo más importante. En cambio, mamá era de mirar más lejos. Ella le decía que no tenía que ponerse en el bolsillo del otro, que el patrón podía pagar. Para ella, era mejor que los gurises estudiaran a que estuvieran trabajando adentro en el campo. Ella quería un futuro mejor para nosotros y no le podía hacer entender a papá que el futuro estaba en el estudio. Él decía que no valía la pena estudiar, porque creía que lo que no está en los libros está en la práctica, que aunque no era ingeniero sabía más que el ingeniero, que él podía enseñarle al ingeniero. Mamá lo que trataba de hacerle entender es que el título tiene otro valor. Ella quería que nos quedáramos en el campo, pero a ganar más que ellos, que si a uno le gusta manejar tractor que sea mecánico, que sea tractorista, que si a mí me gustaba la sala, que sea veterinaria, pero que estudiemos algo. Para que yo pudiera ir al liceo mamá se tuvo que enfrentar con papá, porque papá nos

precisaba para trabajar en el campo del patrón. Y mamá asumió un montón de responsabilidades que no eran de ella, ella ponía su físico a costa de que nosotros fuéramos al liceo. Pero después fue tal la pelea, que terminé dejando el liceo y quedándome a ayudar a papá.

## 2- LA OVEJA NEGRA DE LA FAMILIA

Yo siempre fui como la oveja negra de la familia, de querer saber, de querer preguntar, de por qué, y explicame por qué, y por qué. Como decía papá, “El bicho que siempre pregunta los por qué”.

La estancia en la que viví de niña y adolescente fue uno de los lugares que más me marcó porque estuvimos como dieciséis años. Me marcó porque justamente yo me rebelé contra montones de cosas que hacía el patrón que yo no podía entender y no podía creer lo que hacían con nosotros. Yo siempre cuento, en todos lados, que el día del cobro era como una fiesta. Entonces mamá me bañaba, me hacía dos colitas y me las cinchaba. Y yo me preguntaba “¿Para qué paso por esto si ni siquiera se baja de la camioneta? Porque alcanza un sobre por arriba y no sabe ni quién soy”. Pero para mamá, como venía el patrón teníamos que estar de punta en blanco, porque para mamá ese día era espectacular.

En la estancia estábamos todos a disposición todo el tiempo. Pero le pagaban un salario a papá y todos los demás éramos “ayuda”. El patrón le decía: “Pero si tenés tus hijos. A ver, si tenés tus hijos, no me pidas peón si tenés tus hijos”. Entonces nos fuimos criando en ese sistema podrido. Hasta que de repente mamá pasaba un día y le decía a papá: “O me sacás cuatro días o me voy sola”. Entonces ahí el viejo decía: “Bueno, ta, vamos hasta el pueblo a hacer surtido”. La salida era pasar la tarde haciendo mandados. Y esa tarde disfrutala porque es la única tarde que ibas a salir el resto del mes. Yo me acuerdo que la fiesta más grande que yo tuve cuando era chica fue cuando me compraron unos championes Gamo. Los championes Gamo eran de punta ancha de goma, y cuando aparecieron y me los compraron, yo pensaba que ya era rica. Me los tenía que sacar en la puerta de entrada a la casa, porque eran solamente para ir a la escuela.

## 3- YO ME ENAMORÉ MUY TEMPRANO DE MI MARIDO

Nos conocimos en el pueblo. El siempre llevaba las vacas a atar y a mí me gustaba mucho. Yo quería estar con él, pero él no quería saber nada conmigo porque yo era muy chica para él. Como éramos todos conocidos en el pueblo, sus padres con mis padres, era un lío extremadamente grave para nosotros. Pero le di tanta vuelta hasta que un día me dijo que sí. Cuando tenía diecisiete años

nos juntamos del todo y empezamos a andar juntos. Al poco tiempo quedé embarazada y nació nuestra primera hija. Y ahí nos hemos jugado todos estos años, nos ha ido “pa’arriba, pa’bajo”, chueco, al derecho, pero juntos. Tenemos tres hijos y dos nietos.

Con mi marido me adapté a hacer todos los trabajos del campo igual que él, y a él le servía porque yo ya venía de una familia que también era de campaña y más o menos sabía hacer todo lo de él. En ese tiempo que nos fuimos a vivir juntos, tenía unas vacas y hacía changas de alambrador. Él ganaba bastante bien porque estaba alambrando para Costa<sup>1</sup>, entonces siempre estábamos alambrando, y yo iba y lo ayudaba. Lo que papá no me había enseñado, me lo enseñó mi marido, entonces siempre al lado de él.

Cuando nos juntamos nos fuimos a vivir a Goñi, nos alquilamos una casita unos poquitos días, y enseguida nos fuimos a vivir a lo de Costa en el mismo campo donde mi marido alambraba. Para que él no viajara todos los días, Costa nos dio una piecita para que estuviéramos. Esta persona tenía la estancia en Goñi y campos para alambrar por todos lados. Tenía una camioneta Ford y llevaba a mi marido a todos lados a alambrar. Cuando él se iba, yo me quedaba en el campo, siempre ayudando, haciendo algo que me mandaran a hacer desde cuidar las vacas que se echan, prender las bombas, controlar que el tanque australiano esté lleno porque hay calor, hasta arrimar las vacas caminando a la sombra de tarde. En esa estancia cobraba mi marido y yo siempre a la espera de que me tiraran un peso por lo que yo hacía. Y cuando me pagaban algo, se lo daban a él. Si yo le reclamaba al patrón me decía que ya se lo había dado a mi marido, que se lo reclamara a él. Yo no era una figura visible como trabajadora. Ahí veía reflejada la historia de papá y mamá.

Mi hija siempre iba conmigo a todos lados. Nos habían regalado un canasto de mimbre, un moisés, y yo le ponía por arriba un tul para las moscas y una sabanita blanca cuando hacía calor. Siempre la llevaba conmigo a trabajar. Pero yo no quería esa vida para mí. Tanto que critiqué a mis padres, tanto la critiqué a mamá que era sumisa, que ganaban un sueldo solo y no le pagaban nada, yo estaba siguiendo el mismo patrón que mamá. Yo miraba a mi hija adentro del moisés, y mientras yo alambraba pensaba, “¿Qué voy a hacer con ella?, ¿Qué va a ser cuando tenga que estudiar?, ¿Voy a hacer las mismas discusiones que escuché con mis padres?”. Yo pensaba que tenía que tener un clic, que eso lo tenía que cambiar de alguna manera.

En ese campo nos quedamos como cinco años. Después mi marido entró en AFE (Administración de Ferrocarriles del Estado), hizo carrera dentro de AFE y se recibió de telegrafista. Trabajaba en AFE y seguía haciendo alambrado para Costa los sábados y domingos. Hicimos

un acuerdo con el patrón, de que podíamos seguir en la casa hasta que nos consiguiéramos algo y mientras tanto cuidar el campo. Estuvimos unos siete meses viviendo ahí y después nos mudamos para el pueblo, a Goñi.

Yo en casa hacía pasteles, porque nunca dejé de trabajar, nunca me gustó ser una mujer dependiente del sueldo de él. Yo pienso que la libertad económica de una mujer es fundamental porque podés decidir. Tenés la libertad de decir yo me compro, yo me voy cuando quiero, no tenés que pedir permiso para hacer cosas. Entonces siempre estaba haciendo algo que pudiera hacer, tenía en el fondo gallinas, juntábamos huevos, vendíamos huevos caseros, nunca fui de quedarme quieta. Siempre estaba haciendo una cosa y si no estaba inventando, dijera mi marido “¿Qué se te ocurrió hoy?”. Siempre, siempre. Salían los gurises de la escuela y estaba vendiendo tortas, hacía una cosa y hacía otra. Nunca fui de quedarme quieta. Por ejemplo, veía que el patrón tenía el parque mal y preguntaba si quería que le cortara el pasto y después él me tiraba algo. Iba y acomodaba el pasto, y siempre quedaba con trabajo, porque cuando estás en una estancia o en un tambo, el patrón se va, hay cosas para hacer, iba a regar las plantas porque no me gusta que se sequen, iba a darle agua a los perros, porque por más que ellos se hayan ido un mes, el “bicho” no tiene por qué pasar mal, entonces siempre me involucraba.

En Goñi siempre trabajé en los tambos de la vuelta, agarraba las suplencias en los tambos. Como yo estaba en el pueblo, todos los patrones sabían que yo estaba disponible para las suplencias. Como salen cinco a seis trabajadores estables a descanso, cuando querés actualizar trabajaste trece días al mes. Hacía suplencia en tambo o suplencia afuera, como dar ración, cambiar los eléctricos, dar el vuelterío, todo lo que odiaba hacer pero que en ese tiempo tenía que hacer. A mí me servía porque agarraba en negro la suplencia y me pagaban más, eso pensaba en ese momento, y porque yo me adaptaba al horario. Cuando yo trabajaba afuera en el tambo no me exigía horario como en la sala, así que podía manejar los tiempos y acomodarme



Cría de ternero en guachera.

1) Se utilizan seudónimos para mantener el anonimato de los dueños de los establecimientos.

con la gurisa que todavía era chica. Mi hija iba conmigo porque ya caminaba o se quedaba a la vuelta con la abuela, la madre de mi marido.

Mi marido estuvo como tres años en AFE, hasta que la empresa hizo una reestructura y les ofrecieron a los trabajadores un estímulo de varios meses de salario de pago para retirarse del ente estatal. Ahí nos fuimos para una estancia y tambo en la que estuvimos ocho años. Estuvimos ocho años trabajando los dos, pero a mí me pusieron en caja sólo tres meses, los últimos tres meses para que yo no hiciera lío. Ahí nació mi segundo hijo. Teníamos un tractor y lo llevábamos a todos lados con nosotros. Mi hija más grande iba a la escuela hasta Goñi, en bicicleta. Cuando tenía vacaciones de la escuela, ella se quedaba con el hermano, lo cuidaba como una madre.

En todos estos años, con mi marido siempre estuvimos en el área rural, siempre de tambo en tambo. Mi hija mayor siempre estuvo con nosotros en los tambos, de un lado para el otro. Lo que ella siempre criticó de la familia es esa movilidad que hay, que a vos de repente te sale una estancia mejor o un tambo mejor y te vas. Entonces nos criticaba mucho que cuando ella había logrado sus compañeritos, su inclusión en una escuelita rural, tenía que romper todo para irse para otro lado. Eso le afectó muchísimo en su niñez. A mí me afectaba que cada vez que nos mudábamos rompíamos todo lo que era mueble en la mudanza. Por eso yo digo lo poco valorado que es el trabajador rural, que cuando te mudas de un establecimiento a otro, se te desarma la mesa, se te desarman todos los muebles, sin contar lo que pagas de fletes.

#### 4- CUANDO ABRÍS LOS OJOS DE CIERTAS COSAS...

De Goñi, cuando mi marido se retira de AFE, nos fuimos al campo de Lima. A mí me pasó que cuando entramos a trabajar en el tambo de lo de Lima a mí me pagaban ya un sueldo. Fue el tambo más prolijo que pude trabajar porque la señora del patrón venía y decía "Esto es tuyo y esto es de él". Nunca hizo una diferencia. Si bien no estaba en caja, nunca hizo una excepción de pagarle sólo a él. Entonces me acostumbré a eso.

Pero cuando vamos a trabajar al tambo de lo de Cruz todo es diferente. Primero fue mi marido a hablar con Cruz y él mismo le pregunta si tenía a alguien que lo fuera a "ayudar" y mi marido le contesta que yo trabajaba también. Pero empezó a cobrar sólo el sueldo él, a mí no me pagaba. Era un trabajo psicológico que nos hacía para pagar sólo un sueldo. Yo le decía "Pero Cruz, mi esposo nunca está conmigo", y Cruz venía, me sentaba y se tomaba el tiempo de explicarme "Pero si vos vas al tambo un rato antes, por ejemplo a las tres, él no lo va a terminar a las siete, lo va a terminar a las seis. Vienen juntos, toman mate juntos,

están juntos". Y claro, yo pensaba que todo eso era para nuestro bien. Pero ¿qué pasa cuando ese trabajo es un año, son seis meses y sin sueldo? Ahí te empieza a caer la ficha. Y yo siempre digo que él nos había convencido a nosotros, por eso la indignación con ese tambo hasta el día de hoy, que la gente me pregunta por qué tanto enojo con ese tambo si trabajamos en veinte tambos.

Pero es que Cruz fue muy jodido con nosotros, nos marcó a fuego. Teníamos que estar al servicio de él. Por ejemplo, un día, me acuerdo, que pasa, baja el vidrio de la camioneta y me dice "María, me voy, me voy para Punta del Este. Me voy todo enero, y te aviso, tu marido va para el tambo, y vos después que termines el tambo, te aprontás un matecito amargo, te quedás acá en la cocina, quedate despierta, porque si a mí me llegan a robar el chalet, todo lo que me roben te lo descuento". Y le digo "Pero Cruz, yo no puedo". Y me responde "Es tu área, vos estás acá pegado, ¿qué te cuesta estar mirándome la casa?"

Cruz nos golpeaba la ventana de madrugada, porque sabía que en esa parte era nuestro cuarto y nos decía "Me parece que vi una vaca atracada". Porque él salía en la moto y recorría. O prendía el tractor a las tres de la mañana. Me acuerdo que mi hija menor era bebé, le cambiaba los pañales, la prendía a la teta, la hacía dormir, y se despertaba con el ruido del tractor. Entonces ya veía que sistemáticamente algo no iba a andar, más allá de la plata, no iba a andar lo demás. La plata fue el detonante.

#### 5- LO QUE NO TE MATA, TE FORTALECE

Un día Cruz nos dice "Bueno, ustedes van a ganar quince entre los dos. En vez de darte todo el salario, soy como tu administrador, les doy una parte y les voy guardando otra. Yo te entrego, por ejemplo, diez y te ahorro cinco, porque a parte te estoy ahorrando, vos el día que lo precisés me lo pedís. Eso sí, vos me firmas por los quince. Así ustedes no pagan una cuenta en el banco, no la abren, que en el banco te terminan sacando plata, vas a tener que pagar un interés". Cuando él nos dice esa movida de cómo sería una administración y que no tenés que pagar banco, y que no tenés que hacer todos esos trámites, le digo a mi marido que acepte. Yo tenía un almanaque donde iba llevando la cuenta, ponía enero cinco mil, febrero cinco mil, y así todos los meses. Aunque mi marido firmaba por el monto total. Hacía un año que veníamos ahorrando y un día se enferma mi hijo y no teníamos el remedio. Salía mil y pico de pesos en esos tiempos, que Salud Pública no te lo daba porque era un remedio muy costoso, que es un inhalador. Entonces hice la cuenta de todo lo que tenía en el almanaque y pensé que era una nada en relación a lo que teníamos ahorrado. Justo se cae una vaca en el campo. Llovía. Me acuerdo que me pongo el equipo de lluvia para ir a levantarla y él también va. Él me dice que va a tener que pagar

un veterinario, como doscientos dólares para que venga a ver la vaca. Yo estaba empapada. Le pregunto si puede darme de las cuentas, del ahorro mío, para comprar el medicamento para mi hijo. Entonces me dice “¿Pero vos te la creíste?”. Hasta el día de hoy me acuerdo acá en la cabeza sus palabras textuales. Cuando me dijo así, pensé que yo había escuchado mal, por la lluvia, por el equipo. Me saco la capucha, me acuerdo, y le pregunto “¿Usted me entendió que para el medicamento que necesita mi hijo le pido de lo que usted me tiene ahorrado? Le pido mil pesos nomás, o bueno, capaz que entre llevarlo le pido dos”. Me dice “No, no, yo te dije claramente, ¿vos te la creíste?”. Te juro que las lágrimas mías no se comparaban con la lluvia que caía a cántaros. Me estaba diciendo que por el animal, que se lo merece, va a sacar doscientos dólares para que venga el veterinario y no me quiere dar mi plata para el medicamento de mi hijo enfermo. Me fui para casa y me largué a llorar en esa cocina. No sé lo qué lloré. Hasta que vino mi marido y le conté lo que pasaba. Mi marido me responde que no puede ser así, que seguramente yo entendí mal y sale a hablar con él hasta el chalet. Yo me apronté el mate y me quedé esperando en la cocina con toda la ilusión, pensando que me tenía que calmar porque seguramente me había equivocado. Cuando viene mi marido y le veo la cara, me di cuenta de todo, el patrón nos había engañado. Le pedimos al patrón que por favor nos diera algo por lo menos. Y él nos dijo “Ustedes firman por el todo, ¿a quién le van a reclamar?”.

Esa madrugada mi marido no quería salir a hacer el tambo. Igual lo convencí para que fuera a trabajar. Cuando volvió, sentimos que golpearon las manos, era la policía. Mi marido que venía a sacarse las botas, sale a preguntar qué pasó, y nos dicen que vienen a comunicarnos el despido. El patrón ni siquiera tuvo el tupé de venir y encarar el tema y decirnos en la cara que nos iba a despedir. Entonces nos quedamos en la casa, explicamos un montón de cosas, fuimos al Ministerio de Trabajo, tuvimos un juicio que duró mucho tiempo. Mi hija más chica tenía como cuatro años. Ese tiempo los compañeros nos ayudaban con comida. Porque obviamente, nosotros mientras duró el juicio, no cobrábamos sueldo. Después cobramos todo los jornales caídos desde el despido, pero mientras tanto, no teníamos sueldo. Estuvimos dos meses, casi tres con el juicio.

Ese juicio fue de alquilar balcones, fue de carpeta. Mi cuñado declaró a favor del patrón. El juez estaba sorprendido, le preguntó por qué declaraba en contra del hermano y mi cuñado le respondió que “Porque a mí el sueldo me lo paga el patrón, no él”. Fue de alquilar balcones. Vos pensás que en la familia no pueden pesar los intereses. Pero en el campo es diferente, porque él sentía que lo estábamos traicionando al patrón porque le estábamos reclamando lo que nos había guardado. Nunca recuperamos el dinero que nos guardó el patrón. Hicimos un juicio que al final

salió a favor del reintegro de mi marido<sup>2</sup> por cómo lo había echado, porque era arbitrario el despido, y también el pago de salarios pendientes desde el día de su despido. Pero el reintegro del dinero nunca salió porque no había pruebas.

Nosotros no queríamos volver al tambo. Pero en ese momento el PIT-CNT (Plenario Intersindical de Trabajadores - Convención Nacional de Trabajadores) ya había tomado partido<sup>3</sup> y el abogado nos dijo que como ejemplo para el resto de los compañeros estaba bueno aceptar el reintegro. Por eso hoy yo cambio mi tesitura, porque fue tanto lo que pasamos y lo mal que pasamos, que cuando el trabajador viene a mí, yo le pregunto qué es lo que quiere, cómo se siente. Porque capaz yo, como dirigente sindical, la estoy pifiando. Y en ese reintegro yo no te voy a acompañar, entonces en vez de ayudarte te estoy perjudicando.

El juez decretó que el reintegro era solo para mi marido. Como yo no tenía justificativo frente al BPS (Banco de Previsión Social) y era como una colaboradora, yo no tenía trabajo. Nos fuimos los cinco a vivir al tambo, de nuevo al mismo campo, pero yo me quedé en la casa, no salí a trabajar más al tambo. El reintegro fue una tortura, fue espantoso. Duramos tres meses. El patrón nos hizo la vida imposible. Además, estaba el hermano de mi marido en el mismo trabajo. Eran ocho o nueve horas por día enfrentados con mi marido en el mismo lugar. Me acuerdo que un día tendí unas sábanas blancas. El patrón, con tal de que nos fuéramos, pasó con el tractor, enganchó la cuerda de la ropa y me tiró las sábanas. Y me gritó “¿Y...? Lavala de vuelta negra, para eso estás”. Entonces todas esas cuestiones eran para que nosotros reaccionáramos, era insalubre lo que pasamos. La situación era espantosa, porque tenía un perro malo y lo largaba para molestarnos. ¿Cuánto más podés aguantar viviendo así?

## 6- VOLVER A EMPEZAR

De ese tambo nos fuimos a vivir a Puntas de Maciel. Ahí siempre teníamos changas, cuando no era en un lado, era en el otro. Yo por ejemplo siempre cuento la anécdota de que yo agarré suplencia de tambo, no era tambera efectiva. Cuando salen los cuatro libres ponele y tenés ocho personas para salir los libres, cubro casi el mes entero, porque cubrís cuatro por cada uno, entonces siempre vas cubriendo. Muchas veces te sirve mucho más hacer suplencias que ser efectiva, porque sos jornalero y ganás más que estando efectivo. Pero no tenés la estabilidad del sueldo. Y a veces tenés problemas con tus mismos compañeros porque te dicen que ellos ganan 800 y vos ganás 1.300. Pero yo no tengo la estabilidad que ellos tienen, y si ellos quieren salir libre, como van a salir libre y esto es

2) Reincorporación del trabajador a su tarea.

3) El PIT-CNT apoyó públicamente el reclamo judicial por persecución sindical. Entre las movilizaciones que se realizaron, se desarrolló una asamblea en la puerta del establecimiento de CR que impidió el acceso del transporte lechero al tambo.

una changa, es obvio que me van a pagar más. Pero a mí me servía por la flexibilidad de poder ir a Montevideo, porque como soy jornalera puedo decir que voy a cubrir dos libres, no voy a cubrir los cuatro porque tengo reunión en Montevideo, y no hay problema. Ahora, cuando vos sos efectivo y pasas a ser mensual, esas “cositas” como le llaman ellos, eso de salir, de joder, de no venir al otro día, ya es sanción.

Ahora estoy en el tambo de Romero, en Puntas de Maciel. Cambié todo el sistema del tambo porque yo tengo la opción de que, por ejemplo, cuando quiero hago tres meses como es el seguro de desempleo, el seguro de contrato provisorio. Para tener cierta estabilidad yo trabajo tres meses, le digo al patrón que cubro ese tiempo y que después necesito salir. Y a mí, como me queda cerca de casa, yo corro con un montón de ventajas, los gurises vienen en moto, yo voy caminando. Entonces cuando nadie quiere ir, como el 24 o el 25 de diciembre, o el 1 o 6 de enero, el patrón me pregunta si puedo ir y yo voy. “Si, pero a usted también le sirve porque lo cobra doble”, me dice el patrón. “Y obvio, es la ley que dice que lo tengo que cobrar doble, pero usted sabe que cuando no consigue a nadie u otro viene y le dice que por menos de dos mil quinientos pesos no se lo va a hacer, ¿qué hace, a quién termina llamando usted?”. Y ahí me da la razón.

## 7- MARÍA, LA DIRIGENTE SINDICAL

El sindicato de tambos<sup>4</sup> estaba formado hace muchos años, pero se revive de vuelta con el tema de nuestra situación con Cruz. A Montevideo primero empecé a ir sola, después fue la UNATRA (Unión Nacional de Asalariados, Trabajadores Rurales y Afines) la que me ayudó en el acompañamiento del Ministerio de Trabajo y el juicio a esta persona. La central nos puso un abogado. A raíz de eso reclamábamos la ley de ocho horas, que lo que nos pasó de que un patrón te administre tu plata no volviera a pasar, que vos tuvieras tu sueldo, con tu recibo. Entonces esas reivindicaciones el PIT-CNT las tomó como tal y fue muy visible el caso. Gente de otros tambos empezó a perder el miedo. Iban de noche, vecinos que fueron a una asamblea por primera vez a tratar de ver cómo eran las cosas, qué se podía hacer, qué se podría regularizar. La gente se nos arrimó, logramos armar algo y después el PIT-CNT nos guió cómo seguirlo.

En ese momento había otro presidente y había otra delegación en el sindicato. Pero yo siempre estaba “pa’ escribir”. Y vieron otro perfil en mí. Y ahí empezó mi vida como dirigente sindical. El sindicato estaba congelado en el tiempo. Yo empecé a contactarme con los hermanos Marrero<sup>5</sup>, a contactarme con los dirigentes sindicales de

antes para que me enseñaran cómo se hace. Empecé a ir a Montevideo, a ver qué era la central (PIT-CNT), dónde quedaba, quiénes iban. Me empecé a preguntar cosas y a involucrarme.

El sindicato se armó en Puntas de Maciel en una asamblea general, con la UNATRA y también fue la Comisión del Interior del PIT-CNT para la formación del sindicato. Yo venía al PIT-CNT y me juntaba con la UNATRA y empezamos a fortalecer el sindicato. Siempre invitábamos a algún dirigente sindical que supiera del tema de los rurales para que fuera a las bases. Ahí empezamos a hacer las conexiones con la gente de la naranja y de otros sectores. Vi que en la UNATRA no había casi mujeres y empezamos a juntarnos con Graciela, Teresita y otras mujeres para ver en qué estábamos y qué podíamos hacer juntas.

A mí la injusticia me mata, no la puedo tolerar. Aunque no quiera, me salta la térmica frente a una injusticia que sé que no puede ser así. A veces voy caminando con mi hija y si veo una persona en la calle me paro a preguntarle “¿Por qué estás en la calle?, ¿qué te pasó?, ¿qué te llevó a estar acá?, ¿me podés contar?, ¿puedo hacer algo por vos?”. Es más fuerte que yo, no puedo ver una injusticia y seguir de largo.

Yo creo que mis compañeros me quieren y me respetan porque hablo sus mismos códigos, porque yo estoy en lo mismo que ellos. El otro día un compañero me contaba que fue a Paso de los Toros a una asamblea y cuando llegó la desilusión de los muchachos fue tal que me dijo que la asamblea estuvo preciosa, que había como treinta personas, pero que le preguntaban todo el tiempo dónde estaba yo, y como yo no estaba se le empezaron a despararramar. Entonces no quería ir más de delegado. Pero a mí me parece importante hacer otras caras visibles, que se empiecen a involucrar en el sindicato. Para mí la cuestión es hablarles de igual a igual. Con el paso del tiempo ya tienen identificado cómo les hablo, porque saben que soy del área rural y no los vengo a “cuentear”.

Y muchas veces el sindicato no es solamente la vida sindical, va mucho más allá de eso. Hay que escuchar, entender por qué a las personas les pasa lo que les pasa. Cuando vos le decís al otro “Yo te entiendo, porque yo pasé por lo mismo”, es como que se sacó la mochila. Es como cuando hablamos de violencia doméstica, cuando hablamos de tanta cosa, cuando nosotras la vivimos día a día allá afuera. Entonces si vos decís “Yo te entiendo y te acompaño primero a llorar y después si querés contarme me contás y sino no me contés nada, pero voy a estar ahí para que llores conmigo”, eso te genera la confianza. Hay que estar, no decirle que hable con mi secretario. Si te llamaron a tu celular es porque te precisan esa tarde. Los gurises tienen un dicho “¿Qué te contestó María, que viene?”

4) El Sindicato Único de Trabajadores del Tambo y Afines (SUTTA) se fundó en 1958.

5) Walter y Hernando Marrero, ex dirigentes sindicales que tuvieron un papel clave en la

organización de los peones del tambo del país.

Bueno, si te dijo que viene, viene, vendrá a la una de la mañana, pero que venir, viene". Hay que tener palabra. Mi papá decía: "No lo dejo por escrito, pero tengo palabra. Si incumplió, incumplió él, usted no".

Ahora voy a Montevideo para tratar de hacernos visibles, de que se nos escuche, de que se nos abran puertas, de que la gente sepa lo que se vive y lo que se pasa en el campo, que ha cambiado muchísimo y que hay muchas cosas para cambiar también. Aunque me sigue costando horrores ir a Montevideo. Creo que tengo como catorce Consejos de Salarios encima y me sigue costando igual cuando escucho que el guarda del ómnibus anuncia "Plaza Cuba".

## 8- LA LUCHA ES PRIMERO CON NOSOTRAS MISMAS

Para las mujeres, todo es más difícil. Mi lucha es por los derechos de los asalariados, pero también por los derechos de las mujeres. Lucho porque las mujeres rurales sean visibles, que hablen por sí mismas. Que no nos utilicen para cambiar su discurso, como hacen muchas veces que vamos a la UNATRA, presentamos una idea y ellos la dan vuelta, la dibujan en otros términos y la hacen pasar como de ellos.

Soy de las pocas mujeres que participan en la negociación colectiva. El sindicato es un sector de hombres, no de mujeres, y más en el campo y en el tambo. Me acuerdo que un día, entro al consejo de salarios rural y me dice la contraparte de las gremiales: "Estamos esperando al dirigente sindical del área rural, me parece que se equivocó de puerta". Y le digo yo "No, yo entré acá porque vengo en representación de los tambos". "¡Ja, así está el Uruguay que una mujer viene a negociar!". Y me la fumé. "Sí, por supuesto, no hay ningún problema, pero tenemos que entrar a negociar de igual a igual, ni usted la tiene más grande, ni yo la tengo más chica".

Las mujeres somos muy negociadoras, más conciliadoras en algunas cosas, muy de buscarle la vuelta para



María Flores durante una actividad sindical. Créditos: PIT-CNT.

que salga. No somos de confrontar. La mujer quiere la unidad, pero la unidad sana, no la unidad competitiva de buscar quién es más representativo que quién. Tenemos en cuenta otras variables. A veces yo veo las discusiones de los hombres y las miro, y las estoy mirando de afuera, y de repente salto con una "¿Pero no será mejor...?". Y me quedan mirando, como diciendo "¿Cómo no se nos ocurrió eso?". La discusión pasa por ser creativo, por ser inteligente, por saber que hay que plantear el problema y la solución, por ver de qué manera logramos más.

A las mujeres todo nos cuesta más. Para los consejos de salarios tenemos horas de viaje para llegar a Montevideo a defender al sindicato, y luego tenemos horas de viaje para llegar a casa, y cuando llegamos tenemos que ocuparnos de las cosas de la casa, lavar, cocinar, cuidar, alimentar animales, y todo lo que hacemos las mujeres. Y cuando el hombre llega, se saca las botas y se sienta a descansar, y la mujer lo tiene que atender.

Yo siempre digo que hay una lucha, primero interna y con nosotras mismas, para romper con eso de que no podemos porque somos mujeres. Y después está la lucha externa, con los compañeros que piensan que deberíamos estar en nuestra casa atendiendo a sus hijos, lavando la ropa, y no militando en el sindicato. Para mí, esa lucha es más dolorosa. Muchas veces llegamos al sindicato y ellos desearían que no fuéramos. Les molestamos porque preguntamos. Como ahora con las cláusulas de género, nosotras las propusimos y nuestros compañeros las sacaron todas, porque creen que no son importantes. Estamos peleando para dejar que el día de la mamografía, sean dos días porque no es lo mismo hacer la mamografía en Montevideo que tenés una en la esquina, que allá, donde tengo que hacer 50 kilómetros para ir a hacerme ese mismo estudio, tendrían que ser dos días si uno me lleva el traslado. Como que al hombre sólo le importa la plata. Yo no digo que no sea importante el sueldo, digo que también importan otras cosas para hacernos visibles, como respetar a la compañera que tiene 50 kilómetros para ir y 50 para volver para hacerse un estudio médico.

Cuando empecé a militar las penitencias en casa eran enormes. Como llegar y tener toda la cocina sucia, porque si me iba para Montevideo tenía que hacer todas las cosas de la casa cuando llegaba. Hasta que al final un día discutimos fuerte a las tres de la mañana y me dijo "El sindicato o yo. Si no, yo me voy". Y yo le respondí "Andate, vos sos uno, el sindicato son mucha gente que necesita de otra gente para que hablen por ellos". Se fue una semana, volvió. El tema es que ellos piensan que la militancia de una mujer es igual que la militancia de un hombre, pero es muy diferente, nosotras no vamos al sindicato para salir de fiesta. Y no generalizo porque hay semejantes militantes varones que militan y militan y militan, pero hay otros que no. Entonces no hay que buscar un sindicato como una

puerta de escape a tu libertad. No. El sindicato es para lograr juntos cosas para la gente y si no lo lográs, andate de ahí, porque el fin es lograr cosas para la gente. Por eso yo me he ido proponiendo cosas.

Mi marido decía “Se fue a Montevideo y me cambiaron de mujer”. Claro que cambié, porque empecé a pensar que no era normal lo que estaba pasando, que no era normal todo lo que yo asumía por mamá, por papá, por los abuelos, pensando que era lo que iba a vivir por el resto de mi vida. Pero llegó un momento en que yo me pregunté “¿Esto es lo que quiero?”. Y más cuando nacieron mis hijos,

porque cuando yo la veía a mi hija me preguntaba: “¿Esto va a ser lo mismo?, ¿Cuándo se rompe el círculo de todo lo mismo?”. Porque veía que se repetía todo exactamente igual, las mismas palabras, las mismas cosas... Las cosas cambian en la medida en que nosotras cambiamos. Nosotras somos las grandes impulsoras de que la situación en la casa cambie porque nosotras cambiamos la cabeza. Si nosotras hubiéramos seguido con la misma mentalidad, seguiríamos igual. Y tenemos que ser muy cuidadosas con lo que transmitimos a nuestros hijos.



Ternero en etapa de recría.